

23.º domingo ordinario C

¿Qué hombre conoce el designio de Dios, quién comprende lo que Dios quiere? Los pensamientos de los mortales son mezquinos y nuestros razonamientos son falibles; porque el cuerpo mortal es lastre del alma y la tienda terrestre abrumba la mente que medita. (Sb 9,13-15)



Primera lectura

Sabiduría 9,13-19

¿Qué hombre conoce el designio de Dios, quién comprende lo que Dios quiere? Los pensamientos de los mortales son mezquinos y nuestros razonamientos son falibles; porque el cuerpo mortal es lastre del alma y la tienda terrestre abrumba la mente que medita. Apenas conocemos las cosas terrenas y con trabajo encontramos lo que está a mano: ¿pues quién rastreará las cosas del cielo, quién conocerá tu designio, si tú no le das sabiduría enviando tu santo Espíritu desde el cielo?

Sólo así serán rectos los caminos de los terrestres, los hombres aprenderán lo que te agrada; y se salvarán con la sabiduría los que te agradan, Señor, desde el principio.

Segunda lectura

Filemón 9b-10.12-17

Querido hermano: Yo, Pablo, anciano y prisionero por Cristo Jesús, te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión; te lo envío como algo de mis entrañas. Me hubiera gustado retenerlo junto a mí, para que me sirviera en tu lugar en esta prisión que sufro por el Evangelio; pero no he querido retenerlo sin contar contigo: así me harás este favor no a la fuerza, sino con toda libertad.

Quizá se apartó de ti para que le recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino mucho mejor: como hermano querido. Si yo lo quiero tanto, ¡cuánto más lo has de querer tú, como hombre y como cristiano! Si me consideras compañero tuyo, recíbelo a él como a mí mismo.

Evangelio

Lucas 14,25-33

En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo: – Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no

lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío. Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran diciendo: "Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar". ¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz. Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.

Meditación

El texto consta de dos parábolas y de tres sentencias fundamentales. Tema general es la exigencia que impone el seguimiento de Jesús. Las parábolas lo muestran de una forma humanamente mesurada y comprensible. Las sentencias acentúan, al contrario, el aspecto más paradójico y más duro de ese seguimiento.

La condición primera de todo seguimiento está expresada en 14,26: "Quien no lleve su cruz detrás de mí no puede ser discípulo mío". Esto significa que esta guerra no tiene otra ley que la del Cristo: su entrega a los pequeños, su mensaje de esperanza, su perdón y su camino de verdad (fidelidad) hasta la muerte. Tal es el coste y la riqueza que supone ser cristianos.

Esta ley fundamental se amplía en dos grandes condiciones que definen el sentido del auténtico desprendimiento. Construir una gran torre, ganar una batalla, implica sacrificios que pueden ser muy grandes, tanto en bienes materiales como en gasto (muerte) de personas. Seguir a Cristo exige desprenderse del amor de la familia que se cierra en su egoísmo y renunciar a todo auténtico dominio de dinero.

"Si alguien se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer..." (14,26). Las palabras del texto original hablan del "odio" a la familia y han servido de escándalo a millones de cristianos. Sin embargo, están ahí, en el centro del mensaje de Jesús y constituyen uno de los aspectos más consoladores y fecundos de toda su palabra. Por familia (padre, madre, marido, mujer, hijos, hijas, hermanos, hermanas) se entiende el clan en que uno vive, la comunión biológica de sangre, la seguridad de la raza, el ideal de un destino compartido. Cerrarse en el amor de esa familia basada sobre el lazo de la sangre, los intereses de una raza, las funciones de un partido político, las fronteras de un estado que se absolutiza...; cerrarse en ese límite supone confundir amor con el egoísmo, el bien de los demás con mis propios intereses. Cristo ha venido a crear un amor que rompe barreras; por eso ofrece su asistencia a los marginados, pecadores, extranjeros. Sólo en la medida en que sigamos su ejemplo, sólo en la medida en que busquemos el bien de todos los necesitados, sin limitaciones y seamos capaces de romper las barreras de la indiferencia y del odio que separan a los clanes, a las razas y naciones de la tierra, sólo en esa medida seremos seguidores de Jesús el Cristo. En este campo de encuentro universal y creador tiene sentido el amor más limitado de una familia o de una raza de la tierra; desde ese momento la familia será un medio a través del cual podrá lograrse el verdadero amor del Cristo (que se extiende a todos).

En esta perspectiva se entiende la segunda implicación del seguimiento de Jesús: "El que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío" (14,33). Renunciar a los bienes no supone prescindir del mundo. Renunciar implica el situarlo todo en dirección al reino: utilizar las cosas para bien de los demás, dentro de un campo de amor abierto a todo el que está necesitado. En este sentido, Lucas condena para siempre una propiedad privada en la que el dueño se cree en el derecho de utilizar la riqueza a su capricho. La propiedad privada es cristiana en la medida en que se pone al servicio de la comunidad humana.